

**UMBRÍA DE AGUILAR, UMBRÍA DE LOS SESTEROS, LOS VADILLOS  
DEL CHILLAR, CORTIJO DEL CHINDO**

José Gómez Muñoz

Autor del libro: El Gran Libro de la Sierra de las Cuatro Villas  
Email: [cas\\_orla@yahoo.es](mailto:cas_orla@yahoo.es)*Al corazón del arroyo de Chillar 30/4/2000*

Distancia aproximada: 15 km. ida y vuelta.

Desnivel aproximado: 50 m.

Tiempo aproximado : 15 h. en coche

Camino: Pista de tierra buena.

Desde Úbeda pista a los Vadillos: 71,5 kilómetros.

División de las pistas a 2 kilómetros.

Al collado estrecho del Chillar: 77,1 kilómetros desde Úbeda.

A la casa de los Vadillos: 79,1 de Úbeda.

Este texto corresponde a  
visitas realizadas a la Sierra  
de las Villas en los años  
1998-2000**TRES PINCELADAS**

Lo primero que es necesario aclarar, para no confundir, es que esta ruta está hecha para recorrer, la primera parte en coche y la segunda, andando. La primera parte es la pista que va desde la carretera asfaltada hasta los Vadillos, en el corazón del arroyo del Chillar. Sólo ir, son siete kilómetros y medio. La pista se encuentra en perfecto estado para recorrerla en coche pero puede tener piedras desprendidas y pasa por una ladera tremendamente inclinada. Todo su recorrido lo hace casi por la misma curva de nivel. Cuando se llega a la casa de los Vadillos, donde se juntan el arroyo de Aguas de los Perros y el del Chindo con el del Chillar, un ramal de pista sigue. Remonta todo el barranco arriba y llega hasta las mismas ruinas del cortijo del Chindo. Esta pista es la segunda parte que se hace andando. Su recorrido tiene sólo dos kilómetros en ida, por lo que serían cuatro kilómetros en ida y vuelta. Se encuentra en muy buenas condiciones y su nivel no supera los ciento cincuenta metros. También se puede hacer en coche esta segunda parte, pero yo la voy a describir tal como la hice.

Problema de agua para beber no hay porque a lo largo de la primera parte de la ruta se pasa por dos frescas fuentes que manan, la primera antes de remontar al collado que da entrada al gran arroyo del Chillar y la segunda a tan sólo unos metros también antes de remontar el collado dicho, cerca del cortijo de los Riberas. La fuente de los Cerezos se encuentra en la carretera un poco antes de la desviación por el carril de tierra que lleva a los Vadillos. Ya he aclarado que la pista desde la carretera hasta los Vadillos se encuentra en perfecto estado, sin cadena y con un firme bastante bueno, si la comparo con otras pistas por este Parque Natural. Pero como este camino discurre por debajo mismo de un gran voladero que cae desde la robusta Loma de la Be, en los meses de invierno, cuando los hielos, las nieves y las lluvias, se desprenden muchas piedras desde las paredes que coronan. Se quedan paradas en la pista y pueden crearnos problemas si tenemos la mala suerte de encontrarlas. No es posible dar la vuelta en cualquier tramo de esta pista por lo estrecha que es y lo peligroso de la gran ladera por donde discurre. Si las piedras son tan enormes que no podamos apartarlas sería un gran contratiempo.

Por lo demás, la ruta discurre por un paraje que asombra de tan agreste, empinado y la altura por donde avanza. La gran panorámica hacia el valle del Guadalquivir y la caída del arroyo del Chillar por la cascada escapándose de la sierra es de lo más hermoso. Al cruzar por el barranco del Topaero y entrar a la Umbría de los Sesteros, los paisajes son de ensueño. Pero al coronar el collado que da entrada a la amplia cuenca del arroyo del Chillar, uno se queda sin aliento de tan hermoso como se presenta el rincón. Es un gran balcón hacia el valle del Guadalquivir y las lomas hacia Beas de Segura, lo que ofrece este redondico y hasta llanico collado. El recorrido por el surco del gran arroyo y la subida



hasta el cortijo del Chindo tiene otra belleza más serena pero no por eso menos impactante, dulce y reconfortante. Por el rincón puede que no encontremos absolutamente a nadie aunque depende en qué época del año hagamos esta ruta. Casi en el mismo collado que decía antes hay olivos. En la época de la recogida de la aceituna por aquí vienen personas a por los frutos que dan estos olivos. ¡Ya hay que tener entusiasmo pero lo de los olivos en este Jaén, se sale un poco de algunas lógicas!

Subiendo desde la casa de los Vadillos por la pista que lleva al cortijo del Chindo al remontar la cerrada del Estrecho del Chindo, por la derecha, se aparta aquel camino viejo que antes tanto usaban los serranos. Corona a la cuerda justo por donde va naciendo el arroyo de Chincolla para el Guadalquivir y por este arroyo para abajo se va hasta la piedra del Castellón de Chincolla. El punto por donde corona se le conoce por la carrasca de la Seña. La pista de tierra que ahora hay por ahí tuerce para atrás y sigue bajando hasta llegar al puente Ortega, por la venta del Pino, que es donde cruza al gran río. Este era un paso natural, en aquellos tiempos, para las personas que vivían en los cortijos de la gran cuenca del arroyo del Chillar. En cuanto llegaban al Guadalquivir, encontraban fábricas de aceite y buen camino para seguir hacia Villanueva, si lo necesitaban.

### LA RUTA

La pista se aparta de la carretera que recorre la Sierra de las Villas, sólo unos metros antes del mirador del Topaero. El mirador queda casi colgado en el gran barranco del Chillar, es de época más moderna aunque no tanto y se le ha pegado el nombre de Topaero, por el del cortijo que había por aquí cerca. Entre la pista a los Vadillos y la carretera asfaltada, sobre las tierras llanas de la Loma de la Be. Se le decía a la construcción cortijo del Topaero o del tío Chapanidos. Su nombre verdadero era Eugenio. Pero por el rincón se tapaban cosas y de ahí nació lo del Topaero. Y son puras ruinas que dentro de poco ni se verán. La pista que arranca es perfectamente visible y nace presentando un firme y nivel excelente. Discurre casi llana durante unos metros por la ladera sur de la Loma de la Be y volcada para el barranco del cortijo de Cuadros. Por este lado esta loma no presenta apenas dificultad. Es por el lado norte por donde se descuelga en una gran pared rocosa casi por completo vertical que alcanza más de cien metros de alta. La pista tiene que entrarle a esta pared por su misma base y por eso, antes de venirse para el lado norte y del barranco que mira al arroyo del Chillar, traza un par de curvas. Cae todo lo que le es posible para el gran valle del Guadalquivir cada vez más próxima al voladero de la Loma de la Be y en cuanto encuentra un punto apropiado, se mete de cara a la pared rocosa. Todavía es casi lado sur y ello da lugar a que la pared no sea tan grande como lo será unos metros más adelante.

Se acaba la ladera de la solana y entra por un pequeño barranco rozando la pared que vengo diciendo por el lado de la izquierda. Le tuvieron que hacer aquí un pasadizo con piedras y tierra porque el terreno se encontraba en vacío y no había manera de poder sujetar a la pista. Lo cruza y pegándose a la pared avanza en un equilibrio tremendo entre la gran ladera que cae hacia el valle del Guadalquivir y el muro rocoso de la robusta loma que le queda, por completo en vertical, por la izquierda. Donde la loma se quiebra un poco y da paso a la vertiente del arroyo del Chillar, la pista la atraviesa y se viene para el gran barranco del arroyo que he dicho. Pero la loma sigue cayendo y por eso le embiste



*Cortijo de las Riberas (Autor: Luis Cano)*

al río Guadalquivir obligándole a que éste trace una amplia curva para poderla cortar. Este punto se encuentra justo por donde se le junta al río, al otro lado, el arroyo Natao que es el que baja de ese gran pico llamado también Natao. En la hoya que forma este arroyo antes de juntarse con el río es donde instalaron la embotelladora de agua Sierra de Cazorra. Por eso se le ve con toda claridad al frente total y como durmiendo en el hondo barranco. Quiero también decir que esta loma que se mete en el río, ya con una altura que no pasa de los seiscientos metros, es la misma que después de haber sido cortada por el río Guadalquivir, sube por aquel lado hacia las cumbres de Beas de Segura. Por allí se llama Risca de la Palomera, con el pico del El Rayo 1172 metros, que le corona y más arriba corona el Natao con 1274 metros. La Loma de la Be, en su parte más alta, también supera los 1200 y está llana por completo.

El puntal que tiene que cortar la pista para poder seguir hacia su objetivo, es el que sostiene a la famosa piedra de la Be, por la derecha. Justo en lo alto de este puntal de la pista que llevamos se aparta otra y también por la derecha. La que se aparta tira un poco para abajo y por eso no hay mucha confusión porque la que lleva a los Vadillos es la que más se pega a la pared vertical de la Loma de la Be. La que se aparta por la derecha y baja, enseguida se divide en dos. Para la derecha y pasando por la misma piedra de la Be, cae un ramal que se hunde en el Guadalquivir para cruzarlo por un histórico puente. Quizá el puente más bonito que tiene este río a lo largo de todo su recorrido por lo antiguo que es, el paraje donde vinieron a construirlo y lo curiosamente construido que está. Una vez cruzado este puente, se sube un poco y ya está la carretera asfaltada que lleva al Embalse del Tranco o a Villanueva. El otro ramal de pista, sigue por la derecha, algo paralela a la que va a los Vadillos pero bajando y lleva hasta un cortijo que se encuentra al borde mismo del arroyo del Chillar, sobre un morrete y en lo más hondo del arroyo que cae desde el mismo mirador del Topaero. Cuando ya vamos rodando por la umbría total de la gran pared de la Loma de la Be, se ve este cortijo allá en todo lo hondo. Pues la pista de tierra es la que lleva a ese bonito y curioso cortijo que no sé cómo se llama. Lo visita y luego sigue subiendo por la otra ladera y vuelve a la pista de los Vadillos, la nuestra, justo por el collado que da entrada al rincón de los Vadillos. Tiene sentido porque este camino fundamentalmente sirve para entrar y salir a los olivares que por ahí se crían.

Así que continuamos y ahora ya avanzamos por la parte más inclinada de todo el recorrido. Por entre las curvas de nivel que van por los mil y novecientos metros, avanza el camino, por completo llano y rozando la pared de rocas que cae desde la cima de la loma que vamos dejando a la derecha. Ya he dicho que es la gran loma de la Be. Más de cien metros de altura tiene esta pared y, desde el puntal donde se dividen las pistas hasta el arroyo del barranco, más de kilómetro y medio de recorrido. Es la gran mole rocosa que se ve tan potente cuando se sube por la carretera que lleva al Embalse del Tranco. En todo lo hondo va quedando el arroyo del Chillar y más en lo hondo, el río Guadalquivir. En línea recta hacia el arroyo, ni siquiera quinientos metros y hacia el río, algo más pero el desnivel es de casi cuatrocientos metros. Esto da una idea de la inclinación que presenta la umbría por donde discurre la pista.

Por donde ya cruza el arroyuelo que viene saliendo justo de las paredes que en lo alto tienen al mirador, se allana bastante. Hay un rellano menor donde se puede girar y por debajo, entre las zarzas y espesa vegetación, quedan las ruinas de un viejo cortijo. Es el que se ve cuando nos asomamos al mirador. A este rincón, junto con el cortijo que se alza algo más abajo pero en este mismo arroyo, lo serranos lo conocían con el nombre de los Sesteros. El de arriba y el de abajo. El cortijo de arriba, el que ya está en ruinas y por completo comido por las zarzas, dejó de servir para nada hace mucho pero junto al arroyo todavía siguen lozanos un buen puñado de olivos. Las tierras que en aquellos tiempos fueron huertas, ahora se las comen las zarzas y demás vegetación silvestre. Siguiendo el surco de este arroyo, por el lado de la derecha, bajaba una sendica que servía para dar comunicación entre los dos cortijos. Con dificultad, todavía se puede ir por ella, esquivando las zarzas en la media que sea posible, y se llega al cortijo de abajo. El que antes decía y que, al contrario de este de arriba, sí está habitado. La sendica que también he dicho quedó muy rota cuando hicieron la repoblación de pinos por estas laderas y cuando por ella arrastraron troncos de pinos. La convirtieron e jorro que baja



recto casi con el surco del arroyo pero aun puede servir para subir o bajar a los cortijos que vengo diciendo.

También he dicho que al cortijo de abajo, el que han procurado cuidar para que no se caiga del todo, se le llega por el ramal de pista que se le aparta a esta de los Vadillos justo por donde cae la loma de la piedra de la Be. Y en el cortijo de abajo tienen puesto placas solares, tubos que llevan agua desde los manantiales cercanos a la pila de cemento donde se lava, puertas de hierro y algunas otras modernidades de las de ahora. Pero como el rincón es tan bonito, de propiedad privada, las tierras que fueron huertos, todavía siguen alimentando a los cerezos, membrilleros, manzanos, perales, granados, nogueras, parras y otros árboles que en aquellos tiempos eran verdaderos tesoros. Sobre todo lo era el gran cerezo que todavía crece según se llega al cortijo. Junto a la construcción principal y la remodelada para las necesidades de estos tiempos, se desmoronan los corrales para los animales de aquellos tiempos. La tiná y las corralizas donde engordaban a los cerdos de la matanza. También la cuadra que todavía conserva sus seis o siete pesebres pero poco más.



*Cortijo de los Vadillos (Autor: Luis Cano)*

Continúo con el recorrido de los Vadillos y digo que desde este arroyuelo, al cruzarlo, ahora la pista sigue surcando ladera, con mucho menos inclinación que la gemela y en un recorrido de kilómetro y medio, poco más o menos, ya comienza a encaramarse en el bonito collado. Pero antes de hacerlo deja a la derecha una fuente con su pilar y su caño de agua. Estoy a dos kilómetros ochocientos metros del cortijo de los Vadillos. En el cemento que usaron para construir el pilar pusieron el año y fue el 1990. Desde aquí mismo, mirando para lo hondo, por los acantilados el arroyo del Chillar, se ve subiendo una senda. También los dos cortijos que hay en este barranco. El cortijo de los Sesteros de Arriba y los Sesteros de Abajo. El de arriba ya he dicho está por completo derruido. En el de abajo parece que viven personas. Por debajo de este último cortijo y algo ya metido en el barranco de royo Chillar, hay todavía una tapuelilla. Es la del cortijo de la Grilla. Mucho más pequeño y en tierras peores que los dos de arriba.

Sobre el puntal y frente al valle,  
en la misma llanura de la hierba  
que hermosa y grande se abre  
al río y a las colinas  
que se cubren de olivares,  
la sencilla casa serrana  
besada por el limpio aire.

Dentro y frente a la lumbre  
que dando calor, lenta arde,  
la niña princesa de la sierra  
se recuesta contra el padre  
dando su juego y cariño  
y llenando a lo grande  
el sencillo espacio del cortijo  
por donde es reina la madre

perfumando con su aroma  
el dulce instante.

Fuera, avanza la noche,  
llueve sin pausa y suave  
y como la lluvia este año  
sin parar, cada hora cae,  
mientras juega con su niña  
dice el padre:  
– Primavera como esta  
más de veinte años hace  
que no vino por estas sierras.  
Guarda silencio la madre,  
la niña sigue con su juego,  
la lumbre caliente y arde  
y en el sencillo cortijo  
sobre el puntal frente al valle  
¡qué honda la vida y el tiempo  
empapa y callada, late!

Se mete la pista ahora por entre olivos, al momento otra fuente por el lado de abajo, con su vieja alberca y sus árboles frutales. Por aquí mismo, de la principal, se aparta una pista de tierra que cae para lo hondo. La fuente mana pegado a ella. Tiene su alberca, de la de aquellos tiempos, un cañico de agua que vierte a la alberca y desde ahí a los olivos y los árboles frutales que decía: cerezos, ciruelos, un quejigo con dos pies, la hiedra de hojas finas que se agarra a las rocas allí donde existe humedad, algunos lirios y un par de higueras. Entre el caño y la alberca un pequeño tornajo de madera y el agua cristalina que mana fresquita como tantos veneros en las sierras del Parque Natural. Ahora sé que de esta fuente cogían el agua para las necesidades en el cortijo que se remonta a sólo unos metros sobre el collado, al borde de los voladeros del Chillar, frente al castillo de Chincolla y en la llanura. Digo que este cortijo desde siempre se le conoció por el de los Riberas y también por el cortijo de los Aires. Sigo y en unos metros ya corona al collado. Y digo, una vez más, que aunque sólo fuera para gozar de la gran panorámica que desde este collado se divisa, merecería la pena hacer la ruta. Pero esta preciosa panorámica queda adornada con las tierras llanas, casi campos de fútbol, las ruinas del cortijo al borde mismo del voladero hacia el arroyo del Chillar y el hondo surco de este arroyo justo cuando deja las tierras llanas de los Vadillos y cae para el Guadalquivir. Es un balcón sin igual en todas las sierras de este Parque Natural.

Al volcar el collado, durante casi otro kilómetro, discurre llana, bajando un poco para irse encontrando con el arroyo, cruzando más olivos y al poco, traza una curva. Por aquí le entra un arroyuelo que baja de la ladera del collado Aguas de los Perro y se le aparta una muy pobre pista de tierra que lleva al arroyo de Agua los Perros. Por ella baja una ruta ya recogida en este trabajo. Después de esta curva sigue recta pegándose cada vez más al arroyo y surcando las tierras llanas que por aquí han modelado las agua. Tan llanas son estas riberas que hasta quedan hundidas con relación al collado que hemos dejado atrás. Fueron las ricas tierras que ellos cultivaban en aquellos tiempos y por eso levantaron por aquí varios cortijos. Hasta los que vivían en el de Agua los Perros tenían por aquí sus huertas y por eso trazaron la senda que ya se ha perdido por completo. Ahora en estas buenísimas tierras sólo crecen álamos, muchos pinos de los que una vez y otra repueblan y zarzas.

Así que entre el asombro, el rumor de la corriente, la música de las hojas que mueve el viento y el canto de mil pajarillos la pista va aterrizando justo por las puertas del cortijo de los Vadillos. Primero cruza el cauce de un arroyuelo menor, hoy tiene mucha agua y es el arroyo de Agua de los Perro, cruza



enseguida el segundo vadillo, porque ninguno de estos cauces tienen puente, y ya en el otro lado del arroyo del Chillar, descansa en un rellano. Aquí dejo yo el coche y a partir de este punto, como la pista sigue, trazando ahora una curva para la derecha y metiéndose por el arroyo del Chindo que aquí mismo se le junta al del Chillar, me pongo y continúo. Es la segunda parte de esta ruta. La que se hace andando para dale más emoción al corazón y alma del que por aquí llega. Pero antes, en unos minutos echo una ojeada a la casa de los Vadillos.

Tiene un puente de cemento que cruza la corriente del arroyo y ya deja sobre la misma puerta. Un puñado de plantas de lilas, ya esta tarde florecidas, algunas celindas, un par de rosales, parras y hasta cañas de bambú. Según se le llega ofrece tres puertas este viejo cortijo serrano ahora reconstruido pero vuelto a dejar en las manos de Dios. Dos de las puertas son de madera y la tercera de hierro para que nadie la pueda romper. Las ventanas están abiertas, con una tela metálica fina pero arrancada. Dentro no se ven ni muebles ni otros objetos. En la puerta un horno, bonito pero con un estilo que nunca vi en los otros cortijos serranos. Parece que lo reconstruyeron en el 1981. Al menos esto tiene rotulado en el cemento que le pusieron. En una esquina, una fuente de obra con su grifo, una piscina muy abandonada, el cuarto para cambiarse cerca de la piscina y por lo que se palpa, todo dejado por aquí hace ya tiempo. Por detrás y lado en que se alejan las aguas del arroyo una construcción más antigua. Como el corral o la cuadra de los serranos de antes y ahí, muchos tractos viejos, de cualquier manera y casi podridos y los que no oxidados. Pero por lo que veo el cortijo de los Vadillos fue muy bonito y lo levantaron justo en el rincón más hermoso de este arroyo. Mucha agua corriendo por la misma puerta, mucha tierra llana ahora criando álamos y gran extensión hacia arriba y hacia abajo. Ahora parece que por aquí nadie viene a vivir. Al volver y cruzar el río unos peces escondiéndose en los charcos del arroyo. ¡Peces en el arroyo del Chillar!

Y dos pinceladas más: en tiempos no muy lejanos en este cortijo de los Vadillos vivió una familia que era muy amigos de la familia que vivía en el cortijo de agua los Perros. Desde los Vadillos al cortijo de aguas los Perros sube, subía una preciosa y cómoda senda. Pues la familia de los Vadillos muchas tardes subía a la casa de aguas los Perros y mientras iban por el camino, la madre con el hijo, rezaban el rosario. Cuando terminaban un misterio del rosario y empezaban otro, allí mismo se paraban y hacían un montoncico de piedras. Esto les servía para, al pasar la próxima vez, comprobar si habían corrido más o menos rezando o andando el camino. Una anécdota muy hermosa que llena de dignidad y asombro a los profundo paisajes de estas sierras. Antes, no sólo vivía mucha gente por aquí sino que sus vidas estaban cargadas de hermosas y dignas vivencias como la de cualquier otra persona que viviera en pueblos grandes o en ciudades.



*Fuente de los Sesteros (Autor: Luis Cano)*

Ya estoy otra vez junto al coche. Cargo con mi macuto, mi cámara para recoger los documentos de los lugares que nunca más volveré a ver y me pongo en movimiento. Con la pista trazo la curva y empiezo a subir por el mismo cauce de este arroyo. Ni gota de agua trae este cauce. Y es un arroyo que tiene casi más de dos kilómetros de recorrido desde que nace por el puerto del Moro hasta que muere por los Vadillos. Pero este arroyo del Chindo no tiene agua a pesar de la primavera lluviosa que estamos atravesando. Y es que el terreno no tiene demasiado elevación tanto a un lado como a otro del arroyo que digo. Son alturas pequeñas y por eso no se dan depósitos de agua suficiente como

para que este arroyo corra con la abundancia que lo hace sus compañeros, el de Cucharas o Agua los Perros.

Al poco, unos trescientos metros, entro por una cerrada donde la pista se sitúa justo encima del cauce del arroyo y por ella sube durante un buen trayecto. No tiene problema alguno porque ya he dicho que agua no hay. Por este punto hay un nombre muy bonito. Lo he oído con el sonido de la carrasca de la Seña. A la derecha me queda un pico que llega a los 1104 metros y se llama la Garita del Jabalí. Por la izquierda me corona el poyo del Jaral, con un primer puerto que se le conoce por el collado de los Aserradores y un segundo punto que es el collado del Chindo. Por donde desde este barranco se vuelca para el que baja desde la lancha del Cagadero. Por esta pista no hace mucho que pasó algún coche.

Voy metido en mi entusiasmo y a paso rápido mientras observo con interés. Reconozco los paisajes y por eso sé que el cortijo que busco no lo tengo lejos. En unos treinta minutos ya estoy donde se abre una preciosa cañada, crecen varios cerezos y, a un lado y otro de la pista, se amontonan muchos troncos de pinos. Los cortaron hace algunos años y aquí los han dejado. Muchos de ellos ya están podridos y por eso creo que aquí se pudrirán todos. Son pinos de los entresacados de aquella primera gran repoblación. Cuando fue el fin para las personas que vivían por aquí y en este cortijo. Así que miro para mi izquierda y reconozco el collado el Chindo. La pista se viene un poco para este collado pero yo subo unos metros por la ladera. Me entro por entre los pinares, donde voy encontrando muchas terrazas en el terreno y al poco estoy tocando las ruinas del cortijo del Chindo. Y lo que más me llama la atención es lo bonito que fue este cortijo. También las buenas terrazas que tallaron en la ladera de la solana para aprovechar la tierra y sembrar en ella las cosechas. Deduzco enseguida que esto tuvo mucho trabajo. Un gran trabajo a base de sudor sangre y por eso pienso que estas personas, las que vivieron aquí, ni fueron vagos ni se dedicaron sólo a beber vino ni otras cosas parecidas. Tanto el cortijo del Chindo como las tierras que le rodean fueron primorosamente trabajadas y acondicionadas.

Por detrás el cortijo tiene un gran corral de tapia y piedras de toba. Todas las piedras son tobas ¿por qué será? el cortijo es a dos aguas, teniendo una parte, la que da para el puerto del Moro, cortada con un muro y así quedaba el cortijo dividido en dos. Eran dos las familias que vivían aquí. Por eso tiene dos puertas pero la parte del cortijo que da al puerto del Moro es mucho más chica. ¿Sería algún hijo o hija que se casó y se quedó? Dos ventanas tiene para el puerto del Moro y otras dos daban para el corral. Está levantado este cortijo sobre un morrete alzado sobre las huelgas del arroyo. Y mira para el collado conocido con el mismo nombre que este cortijo y que se encuentra dirección al collado del Ojuelo. Por este collado del Chindo es donde estuvo la peguera que destilaba teas de pino para extraer alquitrán. De esta peguera, lo poco que de ella queda, en otro apartado diré dos palabras si es que las circunstancias me lo permiten y Dios lo quiere. Por detrás del cortijo lo que queda ya son tierras de muy mala calidad. Rocas desmoronadas blancas y rojizas. Por el lado que mira al barranco, por donde llega la pista, otra gran noguera. Las nogueras que por aquí se criaban eran como bosques de grandes. Este cortijo fue construido casi todo de tobas. Por aquí cerca debió haber algún manantial y sus aguas han criado muchas tobas. Son piedras que pesan menos para acarrearlas y luego dan un buen resultado en la construcción porque aíslan mucho, tanto del frío como del calor. Ellos sabían lo que se hacían.

El corral ahora está derruido, creciendo las zarzas por ahí y con las piedras de tobas esturreadas. La entrada a este cortijo queda mirando justo al collado del Chindo y al barranco donde estaban las huertas. En ellas crecen todavía muchos cerezos y varias nogueras como bosques de grandes. Tiene dos puertas y en la misma entrada tenía su porche. Como una terraza a lo largo del cortijo y las puertas, alzada con unas paratas de piedra y sobre esta pared, tres columnas que sujetaban el tejado del porche. Todo un primor de cortijo y este Chindo, hombre apañado para su casa y no lo contrario. Se esturrean las rocas desde este porche para abajo y por entre estas piedras



algunos hierros de camas. Justo por delante de esta marquesina, el porche que ya decía, este hombre construyó su era. Redondica, sobre el final del morrete, empedrada y retenida, a todo su alrededor, con paratas de piedra para que se mantuviera nivelada y en su sitio que era lo que hacía falta. ¡Qué primor fue este Chindo! Desde esta era para abajo, hasta la llanura que ahora ocupan los troncos de pinos cortados y fueron las fértiles tierras de las huertas, la ladera que cae, toda fue aterrizada. Con tablas de tierra sujeta con paratas de piedra donde sembraba sus cosechas. El arroyo del Chindo es que se termina justo donde se alza el cortijo. Un arroyuelo menor le baja desde el puerto del Moro, otro le entra desde el collado del Chindo y donde los dos se junta, se forman las llanuras que fueron huertas. Por detrás justo corona un pico que se llama Correderas con 1395 y otro un poco más detrás que es piedra Cubilla. Intuyo que los manantiales de agua venían de este pico Correderas y brotaban algo más arriba del cortijo. La vegetación que veo por ahí es de mucha humedad y hasta se ven como cascadas de tobas.

### **EL ALMALLORA**

Y claro, después de haber andado lo que he andado por los caminos y sin ellos de estas sierras del Parque Natural, lo que mi alma me pide es que me pare. Que me siente sin prisa sobre una cualquiera de las muchas piedras que hay por aquí y durante un rato, en la honda soledad y quietud de este barranco, me ponga a meditar un poco. No es justo, creo yo, que se hiciera y se dijera lo que se hizo y dijo. No es justo ni tiene sentido cuando uno llega con la tarde que está cayendo y entre el verde fuerte de los pinos, los cerezos cargados de fruta, la pista de tierra en su quietud y más en su quietud, las tierras de estos montes, se encuentra con lo que se encuentra y, desde su silencio, gritando lo que grita. Y si uno coge y trasciende esta realidad y sentimiento y lo observa desde la eternidad, desde el regazo del Dios en el que creo y me permite gozar estos parajes, uno sigue pensando que ni es justo ni tiene sentido. Que Dios lo pudo permitir, como tantas otras cosas entre los humanos pero de ninguna manera pudo ni puede quererlo y menos de aquel modo y desgarrando tanto como desgarró. El alma del que llega siente tanto que hasta llora sabiendo que es la más inútil y pequeña entre los pequeños de este suelo pero distinguiendo con absoluta claridad lo que es justo y no y dónde está el sincero amor y la luz que salva. Y el alma llora más sabiendo que mañana ya no estará y por eso no volverá a saber más de este rincón. El alma llora ahogada ya en la amargura de la misma muerte sin que todavía pueda morir. Y sabe que aunque una vez más repita que ni es justo ni tiene sentido no le va a reportar ni una chispa de consuelo ni le va a salvar de su cruz. Pero el alma llora ante su Dios y escondida en lo más hondo y hermoso de su Edén.

Lo que tú quieres saber  
 — ¿Pero qué es lo que tú quieres saber?  
 — Desde el barranco del Chindo ¿iba o no un camino que salía de la sierra?  
 — Subiendo desde los Vadillos por el barranco, al pasar el Estrecho, que así es como de siempre le hemos llamado nosotros, por encima y a la derecha, sale una pista que se ve muy bien.  
 — ¿Se llama aquello la carrasca de la Señá?  
 — Eso se queda subiendo a la derecha y en todo lo alto.  
 — Desde el barranco del Chindo sube una pista hasta lo alto de la cuerda, la carrasca de la Señá, y al caer para la vertiente del Guadalquivir, roza un manantial que se llama fuente del Roble. Allí mismo ya coge el carril y pasando por el Castellón de Chincolla, se tira por entre los olivares ladera abajo y viene a salir al puente de Ortega, por donde pasa el río.  
 — ¿Por ahí antes se entraba y salía a la sierra?  
 — Si aquello es el camino que teníamos antes para venir al pueblo de Villanueva del Arzobispo. Por ahí se cortaba y se corta mucho terreno. Porque debes aprenderte de una vez que los serranos sabíamos trazar caminos de la mejor manera. Ni lo mejores ingenieros y con las máquinas más modernas saben ahora trazar un camino con la maestría que lo hacíamos nosotros. Ese es un buen camino para entrar a la sierra desde la parte de los olivares. Sólo que en todo lo alto le queda un trozo que no tiene carril para los coches. Es decir, no se une el que sube con el que llega desde el barranco del Chindo. En lo más alto, por donde la carrasca de la Señá, es donde queda este trozo que



hay que hacerlo a pie. Las personas de ahora ya no toman ese camino por esta razón. ¿Lo entiendes?

— ¡Claro que lo entiendo!

— ¿Otra cosa?

— Estando en el cortijo de Agua los Perros, bajando por el barranco, antes de llegar al arroyo Chillar, allí hay un cortijo roto.

— Aquello se llama el cortijo del Pequeño. Antes en la sierra cada uno tenía su mote. Se decía: el cortijo de Fulano, el cortijo de Mengano y así nos entendíamos. Ese hombre vivió ahí mucho tiempo y ya todos los conocíamos por el cortijo del Pequeño. Ya habrás visto que allí ahora sólo hay una “miaja” de tapuela.

— Y comida por las zarzas. Pero ¿por allí iba una senda?

— ¡Claro!

— ¿Por dónde se metía?

— Por debajo del mismo cortijo de Agua los Perros, subía. Hay allí un estrecho muy feo donde cae una cascada y se abre un gran covacho. La cueva de Agua los Perros es como le decíamos nosotros. Aquello se llama la Cerrá de Agua los Perros. Por allí ya no hay quien pase por la cantidad de zarzas que han crecido. Antes, desde un poco más abajo de la cerrá, salía un carril que lo hicieron para los carros que acarreaban madera. Ese carril bajaba a los Vadillos por un arroyuelo que cae desde las cumbres.

— ¿Y la fuente que hay arriba, pegado a la carretera?

— Esa es la fuente de Agua los Perros. Está al lado mismo de la carretera, en un clarillo. Pasando de Agua los Perro, el cortijo que hay por debajo de la carretera y que está caído se llama el Cortijillo. Un poco más adelante y sobre el morro, hay otro. Ese se llama cortijo del Puntal. Ahí fue donde vivió el gran pastor.

Y guardo silencio. Luego digo:

— Subiendo por el arroyo Cucharas hay otro cortijo.

— Aquello es el cortijo del tío Luciano. Más arriba, donde hay muchas nogueras y otro cortijo que se llama los Terrones. Siguiendo el mismo royo, en lo alto de un puntalillo y donde crecen algunos álamos. Por debajito, el cortijo del tío Cucharas. Pasa el carril por debajito. Ahora una tapuela nada más.

— Uno de los cortijos que hay por el Paso del Cuco ¿se llama Sopalmo?

— El Sopalmo está por debajo de la carretera, cerca del collado del Ojuelo. Allí hay otra tapuela que se llama el Molinete. Es que en ese lugar hubo un molino antes. Era sólo de hacer harina pero funcionaba con el agua del arroyo. En ese mismo barranco hay otros cortijos que le dicen el cortijo del Morro. Cerca del paso del Cuco. Por allí se ve que está arreglado aquello para que pasaran las bestias antes. Hay también unas buenas cuevas por aquel rincón. Son las cuevas del paso del Cuco. Lo de Sopalmo queda arriba y en un llanete.

— ¿Y lo del raso de la Escalera?

— ¿Eso está yendo para la Fresnadilla?

— Pero yo digo otro por este barranco del Chillar.

— Estás equivocado. ¿Puede ser el raso de la Honguera?

— Tampoco.

— Pues por aquí sólo hay un sitio que le dicen el Raso, por donde el cortijo de los Riberas. Cuando vienes por el carril de los Vadillos, la casa que hay en lo alto de un puntal, aquello es el cortijo de los Riberas. Allí ya no hay nadie tampoco. Los otros dos que hay metidos en el barranco son los Sesteros de Arriba y los Sesteros de Abajo.

— ¿Y el barranco por los Sesteros?

— Aquello es Royo Chillar. Que por ahí también se baja a la venta de Melquiades. Ahora mismo hay un cacho que no tiene carril.

— Pero arriba. De los Vadillos para arriba ¿cómo se llama el arroyo?



— De toda la vida de Dios a este trozo del arroyo le hemos llamado el Aguascebas del Paso del Cuco. El que baja del Sopalmo y el otro.

Guardo silencio reconociendo, una vez más, que por estas sierras a los arroyos, si no todos muchos sí, de siempre le han dicho aguascebas. Donde más aguascebas hay en todo el Parque Natural y quizá en el mundo entero. Porque los otros arroyos de las otras partes de la sierra y del mundo no son aguascebas aunque lo sean. Ellos sabían lo que se decían y yo también.

— Que por ese Aguascebas del Paso del Cuco sube otro carril. Hicieron un pantano de esos pequeños para sujetar la tierra. En aquella quebrá hay una fuente que le dicen fuente de los Nerpeños. Tiene dos grandes caños de agua y buena.

Caigo en la cuenta que este nombre ya lo he oído en algún otro lugar de este Parque Natural. Nerpio es un pequeño pueblo de la provincia de Albacete a tan sólo 45 kilómetros de Santiago de la Espada. Tiene este pueblo unos mil ochocientos habitantes y se asienta por las angosturas del río Taibilla. A sus habitantes se les conocen con el gentilicio de Nerpianos pero en este rincón de la sierra el nombre que yo encuentro es Nerpeños. ¿En algún tiempo hubo por aquí personas del pueblo de Nerpio? Ya he dicho que tengo noticias que me dicen que en otras zonas de este Parque Natural, sí los hubo.

— ¿Y de la fuente para arriba?

— De allí para arriba ya no sube el carril. Que así frente hay otro cortijo que le dicen el del tío Amador, otro del tío Ginés y algunos más. Ahora ya no se ven porque como repoblaron tanto, pues lo rompieron todo pero que todo eso lo he visto yo habitado de gente. Por debajo de la caseta había una nave para los animales y luego estaba el cortijo de la lancha, el del Morro y uno más que hay por debajo de la caseta. Ese es de unos que le dicen los Gallardos.

— ¿Y Hoyo Redondo?

— ¿Cómo?

— Sí, lo que acabo de decir.

— Ese nombre por ahí no existe. Será El Hoyo.

— Pues será así.

Y caigo en la cuenta que Hoyo Redondo, el que sí es popular y bueno, se encuentra por el cortijo del poyo del Rey. Por donde nace el río Cañamares. Pero por esta zona de la sierra hay varios nombres que algunos pronuncian como buenos y pocos me saben dar referencias de ellos. Tales son: casa de roble Gordo, choza de Hoyo Redondo y prao Borde.

— Eso está cerca del Sopalmo. Tiene la carretera dos puentes y todo aquello de siempre se ha llamado El Hoyo. Pero que allí no hay cortijo.

— ¿Y cuevas importantes?

— La cueva del Tesoro que está frente al cortijo de los Riberas. ¿No se hace así una lancha grande? Pues aquello se llama la lancha del Pueblo. Frente al cortijo hay una cueva que está en medio del voladero. Allí es donde se metían los moros. Bajaban con una soga y se metían en la cueva aquella. En la punta de arriba es donde hicieron el castillo que por aquí se conoce como el castillo de Chincolla. Allí tenían ellos lo que fuera y como dicen que los moros dejaban mucho dinero, pues luego después muchas personas fueron por aquel rincón buscando tesoros. De tanto escarbar hicieron un pozo que ni se sabe los metros que tiene. Asomándose al cortijo de los Riberas, en la caída, se ven muchas cuevas.

— Pero aquello está muy malo para entrar por allí.

— Ahora sí pero antes, como había tantos animales por toda la sierra, se podía pasar por todos los sitios. Como ya no hay ni ganado ni gente, aquello está cerrado de monte y no hay quien se meta. Mas ya te digo: en otros tiempos por allí había una garita por donde se podía pasar al otro lado y desde el cortijo de los Riberas subir hasta las murallas del castillo. Con mucho cuidado pero se puede pasar por aquellos cortes de riscas.

— ¿Y el Estrecho?



— Eso es por el cortijo de royo Martín. Pasando las Ermitas de las Hoz el arroyo tiene una angostura que se llama los Estrechos de las de la Hoz. Por ahí también teníamos otro camino para bajar a la carretera. Por royo María, al dar unas curvas que pegan al puente, un poco más arriba iba una senda que llevaba a royo María. Pero ahí hay un barrancazo ya que no lo puede pasar nadie. Pero antes sí se iba por este sitio. Eso ya se ha cerrado del todo.

— ¿Arriba hay un monte que se llame la Osera?

— Eso está subiendo por royo María, donde hay un cortijo que también está habitado en verano.

### **UNAS CUANTAS FOTOS**

1 - Desde el puntal del cortijo de los Riberas, queda al frente el morro de la lancha del Pueblo. En lo más alto, el terreno se allana un poco. Hoy la primavera lo tiene tapizado de hierba. Recortados en el cielo destacan los trozos de muralla de aquel viejo castillo de Chincolla. Arropando queda el cielo, hoy azul y como si quisiera cubrir lo que ya se ha comido el tiempo. Más abajo de este trozo de terreno, en la misma morra, se abre el acantilado. Profundos voladeros que caen hacia royo Chillar. Desde el puntal donde miro quedan enfrente y por eso se le ven con toda su dureza y gritando su inaccesibilidad.

2 - Subiendo por el barranco del Chindo, a la altura del Estrecho y al mirar para atrás, al frente se ve el grandioso arroyo de Agua los Perros. Coronan las llanuras de la Albarda, con el castellón del Ojo Agua los Perros, a la izquierda. En el centro queda el robusto conjunto de la Iglesia Agua los Perros y desde ahí para abajo, la ancha ladera que viene cayendo para royo Chillar. Se adivinan las veredas, los pastores yendo por ellas y los rebaños de ovejas, ascendiendo en busca de los verdes pastos. Pero ni las veredas ya están, ni a los pastores se les ve por rincón alguno y a las ovejas, aunque en cuanto lleguen los calores, vuelvan, no es lo mismo.

3 - Un arroyuelo, el de Agua los Perros, con su corriente cristalina, raja la pendiente de la inclinada ladera y por entre el espeso bosque, salta en preciosas cascadas. Tiene su charco azul-verde antes de la llanura y cada poceta queda engalanada por las ramas de la vegetación ya hecha primavera. Al fondo y por entre los pinos, la pradera muestra su cara alfombrada con la más fina hierba. Es la fabulosa primavera que el mes de abril este año va dejando por la sierra y hasta en los rincones más ocultos e inaccesibles.

4 - Desde los Vadillos de royo Chillar, el carril se va por el barranco del Chindo. Antes de dar la curva se para frente al cortijo blanco. Es el de los Vadillos, casi oculto entre la vegetación. Por la izquierda coronan los pinos y al otro lado, el morro de Agua los Perros, con su ladera repleta de romeros, jaras blancas y zarzas. Por el centro corre el dulce y misterioso royo Chillar. También la fabulosa primavera que el mes de abril este año está dejando por aquí, lo ha colmado con una corriente tan grande y limpia como nunca hubo otra por aquí. Sólo para contemplarla y oírla cortando el denso silencio de la impactante sierra, merece la pena venir por el rincón.



Fuente de los Cerezos (Autor: Luis Cano)

5 - Desde la parte de atrás, al cortijo se le ve en su esqueleto. Sólo ruinas y éstas casi tapadas por las

silvestres zarzas. Pero en lo que aun queda de sus paredes, los dos muros de los lados y el paño de la parte delantera, se ve la cal trabada. Una costra de cal que se fue formando de tanto blanquearlo las personas que en el cortijo vivieron. Y sobre esta capa de cal, en uno de los rincones, se ve el “azulejo”, cal de tono azul con la que siempre se blanqueaban los rincones de la cocina en los cortijos serranos. Se le ve al cortijo, los restos de lo que del cortijo queda, todavía con su viga mayor de un lado a otro lado y apoyada en el pilar del centro. Al frente, el collado del Chindo, por donde estuvo la peguera y hoy los pinos cubren el terreno. Fue este el cortijo del Chindo.

### **LOS MANANTIALES DE LA LADERA**

De norte a sur, la ladera cae, con una grandeza y anchura solemne. La corona por el norte un macizo rocoso y por abajo y el centro, la surca el azul arroyo que salta lleno de espumas inmaculadas. Pero lo más grandioso de la ladera es la senda que la recorre y corta por su centro. Como si se tratara de un juego de cenefas primaverales que un hada traviesa un día por aquí dibujara. Junto a la senda de hierba y flores porque parece que por ahí casi siempre es eterna primavera, brotan las fuentes. Un puñado de manantiales diamantinos que ni en verano se secan.

Pues, aquella mañana pasaban por la senda, bajando desde el valle alto al valle inmenso que se hunde por donde el río grande corre, el padre y la niña. Iban ellos a sus cosas, no se sabe qué cosas eran pero eran las cosas que los serranos siempre han traído entre manos e iban detrás de su borriquillo blanco.

— Cuando lleguemos a la fuente de las madroñeras espesas bebemos agua y descansamos un rato.

Le dice el padre a su niña. Su tesoro divino que florecía en lo más hondo y limpio de su corazón dando una fragancia que el padre no sabía explicar.

— Pero esa fuente, padre...

Expresó la niña y ya no dijo más. Le quiso preguntar el padre qué era lo que pasaba con esa fuente pero tampoco preguntó.

Siguen ellos avanzando por la senda, solitaria en estos momentos pero más hermosa que nunca porque la adornan los romeros y las carrascas y pasaron por la primera fuente. La que cristalina mana por debajo de una peña y no se pararon. La niña sí que miró al chorrillo limpio que por allí corría y sintió una emoción que no supo transmitir al padre con palabras. Al poco pasaron por una segunda fuente que también manaba de una peña y derrama sus aguas a un llanete muy hermoso. Siguen ellos andando detrás del borriquillo y pasaron por dos fuentes más. Las dos más caudalosas que manan por la ladera.

— Cuando lleguemos a la fuente de las madroñeras grandes nos paramos y bebemos.

— Le volvió a decir el padre a su niña. Todavía les quedaba un buen trozo de ladera y dos fuentes más. Quizá por esto o no se sabe por qué, la niña volvió a murmurar:

— Pero esa fuente, padre...

Y de nuevo guardó silencio.



*Fuente de los Nerpeños (Autor: Luis Cano)*

## AGRADECIMIENTOS

Se agradece a Luis Cano la cesión de todas las fotografías para ilustrar el presente artículo.

Este trabajo se citará como:

GÓMEZ MUÑOZ, J., 2013. Umbría del Aguilar, Umbría de los Sesteros, Los Vadillos del Chillar, Cortijo del Chindo. *ARGENTARIA*, vol. 4: 19-31.

*Extraído de la publicación de D. José Gómez Muñoz: El Gran Libro de la Sierra de las Cuatro Villas, 755 páginas. Pueden descargarlo en <http://www.bubok.es/libros/1137/EL-GRAN-LIBRO-DE-LA-SIERRA-DE-LAS-CUATRO-VILLAS>*

